

Pobreza y Población**

Fundamentos

Hace casi 200 años, un distinguido erudito señaló que “de la cantidad de niños que mueren anualmente, una excesiva proporción pertenece a grupos a los que podría suponerse incapaces de alimentar y cuidar adecuadamente a sus hijos, debido a que con frecuencia enfrentan situaciones difíciles y se ven incluso condenados a realizar un trabajo insalubre y arduo. Según él, esta mortalidad entre los hijos de los pobres se ha advertido sistemáticamente en todas las ciudades”, y también en el campo, podría haber agregado fácilmente. Naturalmente, esta observación tiene valor universal y se aplica al mundo contemporáneo. También se estableció la relación entre la mortalidad muy alta y el comportamiento demográfico; “de hecho, es difícil suponer que la esposa de un trabajador que tiene seis hijos y que a veces sufre de una absoluta escasez pueda darles siempre el alimento y la atención necesarios para mantenerse vivos”. Tanto entonces como hoy, lo más probable es que la pobreza y la miseria hayan ido acompañadas de altas tasas de fecundidad. El erudito definió asimismo uno de los factores intermedios (empleando un término contemporáneo) más importantes de la mortalidad, al decir que “los hijos de los trabajadores son muy propensos a retrasarse en su crecimiento —muestra evidente de desnutrición—” y que “a los jóvenes que manejan el arado, ejercicio ciertamente saludable, raramente se les ven músculos desarrollados en las piernas, circunstancia que sólo puede atribuirse a la falta de alimentación adecuada o suficiente”.

115

En las propias palabras del Reverendo Malthus ([1798] 1970) se pueden establecer tres fundamentos de la relación entre población y pobreza:

- 1) las miserias de la vida, a saber, la pobreza, la falta de alimento y la vivienda deficiente, son la base de las diferencias en la mortalidad;

* Facultad de Ciencias Políticas. Universidad de Florencia.

** Disertación preparada para la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (El Cairo, 1994).

- 2) el comportamiento demográfico —como, por ejemplo, una muy alta fecundidad— exacerba el síndrome de la pobreza;
- 3) el elemento fundamental del síndrome de la pobreza es la desnutrición, que a través de la emaciación y el retraso en el crecimiento de los niños, puede privar al individuo de algunos derechos vitales básicos: gozar de buena salud, tener una capacidad normal de trabajo y librarse de enfermedades evitables o de una muerte prematura (Sen, 1992).

Población y Pobreza: tres Enfoques

116 Actualmente existen varias maneras de estudiar la relación que existe entre la población y la pobreza, pero en esencia no son muy diferentes de las que están implícitas en las palabras de Malthus. El primer enfoque es meramente descriptivo y responde a interrogantes sobre el número de pobres y sus características: estructura familiar, fecundidad, mortalidad, distribución por edades, movilidad y patrones de asentamiento. Se trata de un enfoque clásico y lúcido y que antecede a la comprensión de la pobreza y a la formulación de políticas o a la planificación de intervenciones. Desde el primer momento en que se iniciaron los estudios de población —de hecho, desde Graunt—, los especialistas en la materia se han interesado en comprender las diferentes pautas de supervivencia, reproducción y mortalidad de segmentos de la población con dotación de medios y características distintas: posesión de bienes materiales, acceso a recursos de propiedad común, logros educacionales y de aprendizaje, tipo de residencia y asentamiento, ejercicio de profesión u oficio. El caudal de análisis es enorme y resultaría imposible, en el corto espacio de esta disertación, presentar siquiera un resumen de las principales conclusiones.

El segundo enfoque es de nivel macro; es quizá el que mejor comprende intuitivamente el público en general, y con el que se intenta responder al siguiente interrogante: ¿Hay alguna relación entre la tasa de crecimiento de la población y la pobreza? Se entiende, sin embargo, que la verdadera pregunta es si un rápido crecimiento demográfico produce pobreza o hace que resulte más difícil salir de ella. Este interrogante guarda una estrecha relación con el problema general, que aún no se ha resuelto, de la interrelación entre el crecimiento de la población y el desarrollo, o podría considerarse como un aspecto de dicho problema. Es evidente que la respuesta que implícitamente se espera es que, en efecto, el rápido crecimiento demográfico

genera pobreza a causa del efecto evidente de dilución del capital y los obstáculos que plantea para la inversión y la acumulación. No obstante, los datos son mucho más complejos.

El tercer y último enfoque opera a nivel micro y con él se intenta comprender cómo afectan los fenómenos y los comportamientos demográficos a la capacidad de las personas, las familias o los grupos para escapar de la pobreza o, en el extremo opuesto, cómo contribuyen a que caigan en ella. El ejemplo típico de “evasión demográfica” de la pobreza es la emigración, mientras que por otra parte la orfandad o la enfermedad pueden determinar la caída de una persona en la miseria. Este enfoque puede modificarse ligeramente, dado que los comportamientos demográficos (incluida la mortalidad, que literalmente no es un “comportamiento” en sí mismo) pueden considerarse componentes de la “capacidad” de las personas para “funcionar”. En palabras de Sen, para un individuo “el ‘funcionamiento’ pertinente puede variar desde aspectos tan elementales como estar bien alimentado, gozar de buena salud, eludir la morbilidad y mortalidad evitables, etc.,... hasta metas más complejas, como ser feliz, tener autoestima, participar en la vida de la comunidad, etc.” (Sen, 1992, p. 39). Cabría agregar que, desde una perspectiva demográfica, también deben considerarse como aspectos del funcionamiento la capacidad de procrear y de controlar la reproducción o de manejar bien ambos conceptos, que constituyen un capital humano valioso e importante.

117

Aunque sin descartar por completo los dos primeros enfoques, la descripción de la pobreza y la discusión de la relación dinámica entre el crecimiento y la pobreza, el interés estará centrado en el tercer enfoque, por ser el de carácter más específicamente demográfico y el que más posibilidades tiene de ayudar a comprender los mecanismos de la pobreza.

Demografía de los Pobres

¿Quién es pobre y cuántos pobres hay en el mundo? Antes de contestar esta pregunta es preciso definir lo que es la pobreza. Para este trabajo, aceptaremos aquí una definición según la cual la pobreza es la imposibilidad de alcanzar un nivel de vida mínimo (Banco Mundial, 1990, p. 29). Se trata de la pobreza absoluta y no relativa, que corresponde a un nivel de ingreso que impide alcanzar objetivos básicos, como contar con una alimentación y una vivienda dignas, librarse de una muerte prematura y de enfermedades evitables y otros propósitos. El Banco Mundial establece el umbral de pobreza (por debajo del cual no pueden satisfacerse adecuadamente esas necesidades

mínimas) en un ingreso anual medio per cápita de 370 dólares (en términos de paridad de poder adquisitivo (PPA) en precios constantes de 1985). Como ocurre con todas las normas, también ésta presenta muchas deficiencias, pero no se entrará aquí a discutir el insoluble problema de traducir conceptos (pobreza) a cifras. Las estimaciones más recientes para 1990 indican que:

- a) Alrededor del 30% de la población de los países en desarrollo, o sea unos 1100 millones de personas, viven por debajo de la línea de pobreza. Esta proporción se acerca al 50% en Asia meridional y en África al Sur del Sahara, al 30% en el Arco del Oriente Medio y el Norte de Africa, y al 20% en China y en el resto de Asia, América Latina y el Caribe. La incidencia de la pobreza corresponde *grosso modo* a los niveles de mortalidad, aunque en Asia meridional las estadísticas son más favorables que en Africa al Sur del Sahara en lo que respecta a la supervivencia, a pesar de que la incidencia de la pobreza es aproximadamente la misma.
- b) A fines de los años ochenta, aunque la proporción de pobres (según las estimaciones del Banco Mundial) se redujo ligeramente (del 30,5% al 29,7% de la población de los países menos desarrollados), el número de pobres aumentó en cifras absolutas (de 1051 a 1133 millones).
- c) El crecimiento económico de los años noventa, estimado por el Banco Mundial en un sólido 3,6% para los países menos desarrollados, es decir, más del 2,2% que registraban en los años ochenta, podría reducir la incidencia de la pobreza al 24,9% para el año 2000 pero, en términos absolutos, el número de pobres no variaría (1107 millones). “Conforme a esos supuestos, el número de personas pobres seguiría disminuyendo en Asia y las tendencias de la pobreza en América Latina y Europa Oriental perderían su signo adverso con la recuperación económica en esas regiones. África al Sur del Sahara es la única región en que se prevé un empeoramiento de la situación; con los incrementos en la proporción de habitantes en condiciones de pobreza, el número de personas pobres aumentaría en unos 9 millones al año en promedio.” (Banco Mundial, 1992, p. 32). Para el año 2000, un 27,5%, aproximadamente, de los pobres del mundo vivirán en Africa al Sur del Sahara, frente a un 17,5% en 1985.
- d) La pobreza se concentra en las zonas rurales, donde la proporción de personas que viven por debajo de la línea de pobreza suele ser muchísimo mayor que en el medio urbano.

¿Cuáles son las características de los pobres, definidos conforme a estos parámetros? La evidencia es contundente y apunta coherentemente en una dirección. En general, en los sectores pobres de la población el tamaño de la familia es mayor que el promedio, la fecundidad también es más alta que el promedio —debido a que la edad media al primer nacimiento es menor—, la edad media al nacer el último hijo es mayor y los intervalos intergenésicos son más cortos; registran también tasas de morbilidad y de mortalidad más altas, dada la mayor incidencia de enfermedades infecciosas en todas las edades, pero sobre todo durante los primeros años de vida, y una esperanza de vida mucho menor. Sin duda, un estudio minucioso de las características demográficas de los pobres revelaría muchas excepciones a estas reglas: hay gran cantidad de familias pequeñas que viven en la pobreza; la falta de hijos puede ser un importante factor de la pobreza; la alta incidencia de las enfermedades no afecta exclusivamente a los pobres, ya que muchas personas que no son pobres y viven en entornos densamente poblados y contaminados también las sufren. Pero todas estas excepciones no desmienten el hecho de que en los sectores pobres las tasas de fecundidad y mortalidad son más altas, y el tamaño de la familia es mayor que en los sectores de población menos necesitados.

Tomemos como ejemplo el caso de Guatemala, donde casi la mitad de la población (48%) está clasificada como indigente o extremadamente pobre. Durante los años ochenta, este sector de la población registró una tasa global de fecundidad de 6,7 hijos por mujer, frente a 4,1 que registraba el resto; una esperanza de vida al nacer de 60 años, frente a 67 años en los sectores no pobres; una estructura de edad más joven: el 62% de la población tenía menos de 20 años, mientras que en el resto de los sectores este porcentaje era del 51% (CEPAL/CELADE, 1993, p. 48). Como consecuencia de estas características, la tasa de crecimiento de los sectores pobres fue de 3,4% al año, frente a 2,4% de los no pobres. Análisis similares realizados en otras regiones de América Central han entregado resultados análogos, según los cuales el crecimiento demográfico de los sectores pobres es de un punto porcentual más que el de los no pobres. Si el análisis se hiciera extensivo a otras zonas del mundo probablemente se obtendrían resultados parecidos.

Este análisis confirma la idea tradicional de que la pobreza guarda una estrecha asociación con el rápido crecimiento demográfico, lo que resulta innegable habida cuenta de que en la región más pobre del mundo, Africa al Sur del Sahara, la población crece a una tasa del 3% anual, frente al 1,8 o 1,9% que se registra en el resto del mundo en desarrollo, mientras que en los países ricos la tasa de crecimiento demográfico es prácticamente nula. Sin

cación de los tres grupos en términos de crecimiento. Se llegaría a los mismos resultados si se observara la evolución de los países desarrollados durante el siglo XIX y la primera mitad de este siglo, o la de los países en desarrollo en los años cuarenta o cincuenta y en los noventa: la correlación de rango entre los países según la riqueza y el crecimiento cambiaría de signo al pasar de un punto de observación a otro.

Es preciso tener presente esta falacia a la hora de examinar las relaciones que existen entre el crecimiento demográfico y la pobreza.

Crecimiento Demográfico y Pobreza

Consideremos ahora la relación entre el crecimiento demográfico y la pobreza desde una perspectiva más familiar. Sin abordar el análisis de los factores que aceleran el crecimiento demográfico debido, en general, a una mejora de las condiciones de vida, cabe preguntarse si esta aceleración promueve o fortalece los procesos de indigencia y exclusión y si contribuye a crear más pobreza. A largo plazo, y a nivel global, la aceleración del crecimiento coincide de hecho con transformaciones que cambian favorablemente los patrones de vida y mejoran las condiciones de vida. A pesar de que algunos hechos parecen evidenciar lo contrario, cabe interpretar de esta manera la aceleración del crecimiento que se produjo con la transición de actividades como la caza y la recolección a la agricultura; la que se produjo en el mundo occidental con la revolución industrial y, en los últimos 50 años, las aceleraciones que han afectado a todos los países en desarrollo. Pero el hecho de que durante estas etapas el caudal de bienes materiales per cápita haya aumentado si lo medimos en función de sus componentes primarios, como los alimentos y la energía, por ejemplo, no significa que este proceso no haya creado quizá más pobreza, aunque brindando, al mismo tiempo, nuevos medios para superarla.

Durante la revolución industrial, la creación de nuevas áreas de pobreza fue un acontecimiento frecuente, tanto en el sector primario como en el secundario. Bergier (1973, p. 428) describe que antes de la revolución “las condiciones ya eran bastante malas para casi todos los artesanos, y que empeoraron en la medida que aumentó el proletariado industrial, tanto en términos absolutos como en proporción de la población trabajadora”. Y si en Inglaterra, en la primera etapa de la industrialización, el nivel de vida de la población obrera era ligeramente superior al de subsistencia debido a las necesidades de mano de obra de los industriales, “en la segunda generación,

es decir, en el período de la primera crisis ‘industrial’, el nivel de vida se deterioró inexorablemente, con el consiguiente aumento de la miseria, la morbilidad, el analfabetismo, etc.” (Bergier, 1973, p. 429). Probablemente, la creación de nuevas formas de pobreza guarda relación, en este caso, con el rápido proceso de trasplante del campo a los centros urbanos y la alteración de estados de equilibrio, y con la degradación de las condiciones ambientales, que los indicadores de consumo no llegan a captar totalmente. Es posible que este proceso guarde una relación no muy estrecha con el crecimiento demográfico y, en términos generales, haya sido inducido por los cambios sociales y económicos. No obstante, la aceleración del crecimiento demográfico como consecuencia del descenso de la mortalidad puede haber estado ligada al empobrecimiento de las masas rurales en Europa durante el mismo período a través de varios mecanismos: *a)* una alta tasa de formación de nuevas familias y una fragmentación cada vez mayor de la tierra; *b)* una creciente proporción de personas sin tierra; *c)* un número cada vez mayor de miembros del hogar que no pudieron emplearse en la agricultura y se vieron obligados a emigrar. Bergier (1973, p. 420) dice que “las condiciones de vida de esta numerosa población siempre han sido malas. En la segunda mitad del siglo XVIII empeoraron todavía más... debido a que en este período se registró con mucho la mayor tasa de crecimiento demográfico, fenómeno observado por Malthus con angustia y precisión”. El deterioro de las condiciones de vida de la población irlandesa —que se basaba cada vez más en una dieta de papa— a fines del siglo XVIII y principios del XIX, y el desastre de la hambruna, en el decenio de 1840, pueden considerarse el aspecto extremo del proceso de empobrecimiento de las masas rurales. En general, la disminución de la mortalidad, la fecundidad constante y la presión cada vez mayor de la población sobre la tierra fueron factores importantes que incidieron negativamente en la población rural de toda Europa en el siglo XIX.

Hoy día, el crecimiento demográfico cada vez más rápido que registran los países en desarrollo ha sido asociado con la pobreza en las zonas rurales. El paradigma común, no muy diferente del que los economistas clásicos habrían sugerido, dice lo siguiente: una aceleración de la tasa de crecimiento (debido, en general, al descenso de la mortalidad) determina un aumento de la mano de obra agrícola. Donde la tierra es escasa, la superficie cultivable aumenta lentamente o se mantiene invariable, y por lo tanto la expansión del sector primario puede absorber sólo una fracción de la mano de obra adicional, lo que se traduce en un aumento del número de personas sin tierra y, entre éstas, en un aumento del número de pobres. Este

proceso se ha observado en varios países de Asia, aunque en muchos otros ha quedado neutralizado por la presencia de factores positivos (aumento de la superficie cultivada; redistribución de la tierra; expansión del sector no primario, etc.). En Bangladesh dicho proceso ha sido evidente: “el rápido crecimiento demográfico produjo un fuerte aumento de la mano de obra. La industrialización no fue lo bastante intensa ni absorbió suficiente mano de obra para impedir el rápido aumento de la fuerza laboral agrícola. Como consecuencia, en el sector agrícola se redujo la razón tierra/trabajadores. Se estima que entre 1960 y 1980 este descenso fue de un 25%... Al no adoptarse una política institucional eficaz de redistribución, la carencia de tierra aumentó a medida que los agricultores más pobres se vieron obligados a vender sus propiedades, proceso que se aceleró durante las hambrunas periódicas y los años de cuasi hambruna” (Khan 1988, p. 146). Por lo tanto, la proporción de personas que viven en condiciones de pobreza abyecta ha aumentado con el tiempo. Se trata de un buen ejemplo del paradigma de la relación positiva entre el crecimiento demográfico y la pobreza. Una reciente encuesta de hogares (Banco Mundial, 1990, p. 36) realizada en Bangladesh indica que el porcentaje de pobreza entre los sin tierra es del 93% y de más del 85% entre los que poseen menos de un acre (la mayoría); este porcentaje desciende acusadamente (como es de prever) a medida que aumenta la superficie de la propiedad.

123

A nivel macro, este paradigma es evidente en países de alta densidad de población. Hay muchas formas de evitar sus consecuencias negativas (además de limitar el crecimiento de la población). En algunos países se ha podido aumentar la superficie de tierra utilizable a fin de compensar el descenso de la relación tierra/mano de obra (como en Tailandia y Filipinas); en otros, el sector no primario se expandió rápidamente, absorbiendo el excedente de mano de obra rural (como en la República de Corea o en Taiwán); en China, las medidas de redistribución han mitigado el efecto del descenso de la relación tierra/mano de obra, etc. “No está claro aún hasta qué punto cabe esperar que estas formas de evasión funcionen en el largo plazo, pero la experiencia reciente de países como China indica que en algunos casos quizá las posibilidades ya estén prácticamente agotadas” (Lee, 1988, p. 6). La lucha entre el crecimiento demográfico y la tierra se manifestó también en Europa en los siglos XIII y XIV, antes de la gran peste, o durante el período de expansión y recuperación demográfica del siglo XVI; el desmonte de nuevas tierras, la diversificación de los cultivos y la emigración ofrecieron nuevas posibilidades para superar la carencia de tierra, la vagancia, la pobreza y la indigencia. La emigración a América supuso una salida para escapar de las

zonas rurales de Europa en el siglo XIX, y lo es hoy día para otros países contemporáneos como Egipto o El Salvador, por citar dos casos muy diferentes. Una salida y una opción inaccesibles para la gran mayoría de la población de Asia en nuestro tiempo.

Pobreza y Propiedad Común

En otros casos, el crecimiento y las presiones de la población hacen peligrar el acceso a tierras que son de propiedad comunal o están en régimen de condominio; con frecuencia, este proceso tiene su origen en la degradación del medio ambiente, en la explotación excesiva de los recursos o en la privatización gradual. En las tierras áridas de la India se ha documentado una notable reducción de las zonas en régimen de condominio debido a la privatización (Dasgupta, 1993, p. 292); en otras aldeas se halló que los ingresos obtenidos de la propiedad sujeta a este régimen habían declinado. En la región del Sahel, en África, la presión del crecimiento demográfico ha sido una de las causas del sobrepastoreo y la deforestación de las tierras comunales. Así pues, el crecimiento demográfico puede reducir la productividad del capital común y determinar la degradación de un activo importante para los sectores pobres (Banco Mundial, 1990, p. 36). Por último, cabe señalar las poblaciones que viven en zonas con una escasa dotación de recursos, en un medio ambiente frágil, con un clima adverso. La población aumenta debido al crecimiento natural o porque los agricultores pobres están marginados y obligados a establecerse en zonas de frontera poco propicias; algunas zonas que responden a estas características son las de la meseta de Loess en China, los altiplanos de Bolivia y Nepal, las zonas desérticas del Sahel africano y gran parte de los trópicos húmedos (Banco Mundial, 1990, p. 80). La creciente presión demográfica puede dar lugar a una utilización más intensiva de las tierras cultivables, pero "... la intensificación de métodos agrícolas tradicionales, como los consistentes en la corta y quema, ha perjudicado la productividad de estas zonas marginales. El sobrepastoreo, el riego no controlado y la búsqueda de leña que se amplía constantemente han acelerado el proceso." (Banco Mundial, 1990, p. 81).

Hoy, al igual que en otras épocas, la tierra sigue siendo el medio del que se sirve la gran mayoría de la población de los países pobres del mundo para ganarse el sustento. En muchos de los países más pobres, entre el 50% y el 80% de la población se asienta en zonas rurales y su principal fuente de subsistencia es la agricultura. En este milenio, el crecimiento demográfico se ha

producido en un contexto de progreso científico, innovación tecnológica, intensificación del factor trabajo y expansión de las superficies de cultivo. Ahora bien, este proceso, particularmente en el siglo XX y con el impulso de un crecimiento demográfico acelerado, ha colocado a un gran número de personas al borde de la pobreza o amenaza con privar a muchas otras de la posibilidad de escapar de este destino: La sociedad puede aumentar los recursos de muchas maneras, “pero obviamente esta facultad está limitada por la escasez de tierra, la gran aridez natural de una vasta porción de la superficie del planeta y la proporción creciente de productos que sólo es posible obtener agregando continuamente capital a la tierra que ya se está cultivando” (Malthus, [1830] 1979, p. 225).

Transición y Estructura de la Población

Antes de dar por concluido el tema de la relación entre la pobreza y el rápido crecimiento demográfico, es necesario prestar cierta atención a otros mecanismos demográficos que pueden conjugarse con factores no demográficos, para crear nuevas situaciones de pobreza. La experiencia de la transición contemporánea en el mundo en desarrollo indica que el acusado descenso inicial de la mortalidad se produce por la súbita transferencia de tecnologías idóneas para combatir las enfermedades transmisibles. El descenso de la fecundidad comienza después que el de la mortalidad, y es la diferencia entre el inicio de estos dos descensos, junto con lo pronunciado de ambas trayectorias, lo que ha generado la aceleración del crecimiento en la segunda parte de este siglo. Durante este período, y a nivel de cada familia, el control de la mortalidad (sobre todo de la mortalidad infantil y de la niñez) determina un incremento del número de niños que sobreviven en cualquier momento dado del ciclo vital de la familia. Este proceso, si bien es muy rápido y concentrado en el tiempo, ejerce presiones sobre los recursos del hogar y puede contribuir a impulsar otros mecanismos que generan pobreza; adopta la forma de un aumento de la razón entre hijos y padres o, más precisamente, entre los años vividos como hijo y los años vividos como padre. A nivel macro, este proceso se manifiesta en un aumento de la razón entre niños y adultos.

En la fase opuesta de la transición, cuando disminuye la fecundidad, puede producirse otro efecto susceptible de generar pobreza, y que aparece cuando las tasas de fecundidad descienden súbitamente a niveles muy bajos, como ocurrió en Japón en los años cincuenta o en China en los

setenta y principios de los ochenta. En China, el envejecimiento de la población cobrará un rápido impulso a partir del año 2010, y la relación entre los ancianos (es decir, de personas mayores de 65 años) y la siguiente generación (digamos, personas de 35 a 65 años) aumentará velozmente del nivel actual de 1 a 4, aproximadamente, a un nivel de 1 a 2 en torno al año 2030. En las sociedades rurales (como en la mayor parte de China) en las que los ancianos dependen del apoyo de sus hijos y los planes de jubilación ofrecen una protección muy endeble, el aumento de la razón entre ancianos y adultos ejercerá una presión negativa sobre el nivel de vida de los ancianos, deteriorado por la creciente fragmentación y separación de parientes de distintas generaciones, como consecuencia de la mayor movilidad.

Estos dos ejemplos de las presiones negativas que ejerce la transición sobre el bienestar de la población no implican que dichas presiones no se compensen con creces (a nivel global) con otras ventajas que conlleva la transición. Sin duda que así será, pero la transición en sí trae consigo determinadas tendencias que podrían originar nuevas formas de pobreza.

Bienestar, Funcionamiento y Fenómenos Demográficos

Volvamos ahora al tercer nivel del enfoque propuesto al comienzo: no interesan en este punto las características de las personas pobres ni la relación entre crecimiento demográfico y pobreza, sino que nos concentraremos en consideraciones más pertinentes para la demografía y que están en mayor consonancia con el título de este artículo. En esta sección se analizará la relación que existe entre los comportamientos y los fenómenos demográficos y el riesgo que corren los individuos, las familias o los grupos de hundirse en la pobreza, o las posibilidades que tienen de salir de ella. Este enfoque parece apropiado ya que con él se intenta discutir dos problemas diferentes pero que en alguna medida se traslapan. El primero se refiere a los hechos demográficos como componentes de los funcionamientos básicos del individuo que determinan su capacidad para lograr el bienestar o, en el otro extremo, de evitar la pobreza. Sin duda, los componentes elementales de estos funcionamientos son la alimentación, la higiene, la vivienda y el acceso a servicios médicos que contribuyen a la salud y la supervivencia. Pero hay, además, otros hechos demográficos que forman parte de los funcionamientos y tienen valor para el individuo en cualquier cultura y época, como la posibilidad de formar una familia (matrimonio) y reproducirse. A través del

matrimonio y la familia el individuo reduce al mínimo los riesgos de la vida; con la reproducción se asegura frente al abandono y la indigencia en la vejez. Con frecuencia la indigencia guarda relación con la soledad, ya sea como causa o como consecuencia. Por último, la posibilidad de desplazarse, emigrar y establecerse es otro funcionamiento demográfico muy apreciado. Como veremos más adelante, ésta es una forma común de escapar de la pobreza o de otras situaciones peligrosas, como la hambruna, las guerras o las epidemias. La esclavitud y el trabajo a contrato forzoso son formas extremas de negación de esta función básica. La historia está llena de ejemplos de poblaciones que lograron salir y salvarse: los ricos, que escaparon de la plaga que asolaba a las ciudades cercadas por cordones sanitarios, y aquellos que perecieron porque se les negó el derecho a salir, como, por ejemplo, los campesinos de Ucrania, que durante la hambruna de 1932-1933 fueron privados de su derecho a comprar los boletos de ferrocarril.

Estas funciones demográficas básicas también pueden considerarse a un nivel global, el nivel de una población. El cambio demográfico puede entenderse como el resultado del enfrentamiento entre las fuerzas de restricción y las de elección. Históricamente, las fuerzas de restricción se vinculaban a las limitaciones del entorno, la hostilidad del clima, la escasez en el suministro de alimentos o la malignidad de los agentes patógenos. La humanidad sólo puede modificar o controlar parcialmente estas fuerzas, casi siempre dedicando a ello períodos prolongados, que habitualmente exceden la duración de la vida humana. Las fuerzas de elección demográficamente pertinentes son las que afectan a los procesos de formación de la familia y a la reproducción y a la ocupación de nuevas tierras y territorios. La salud, y por ende el control razonable de la mortalidad, es un componente de esas fuerzas de elección. Estas permiten que el ser humano se adapte y reaccione frente a las fuerzas de restricción y aseguran el grado de flexibilidad esencial para la supervivencia de los grupos humanos. Cuanto mayor es la flexibilidad, más numerosas son las opciones que se ofrecen a una población para hacer frente a las limitaciones. Esta flexibilidad viene dada no sólo por lo que ya hemos definido, de forma un tanto imprecisa, como mecanismos de elección, sino también por los procesos de adaptación biológica o sociobiológica que tienden a ser más o menos espontáneos y no guardan relación con elección alguna.

Desde esta doble perspectiva —es decir, contemplados como funcionamientos, o valiosos componentes del bienestar, por un lado, y como opciones de elección que promueven la adaptación a las limitaciones, por el otro—, los fenómenos demográficos también pueden considerarse como

aspectos de la pobreza y mecanismos que determinan si la persona se sumirá en la pobreza o logrará escapar de ella. La salud y la supervivencia pueden verse fácilmente desde esta doble perspectiva; de hecho, son componentes evidentes de la pobreza y su ausencia o precariedad son factores que contribuyen a la pobreza misma. El caso de la movilidad es algo diferente: la falta de movilidad no está de por sí correlacionada con la pobreza, pero sin duda podemos sostener que su ausencia dificulta la distribución óptima de los recursos humanos y bloquea una de las vías más eficientes para escapar de la pobreza. La fecundidad y la reproducción (así como los mecanismos de formación de la familia, generalmente condición previa para la reproducción) son funciones esenciales del individuo, porque diluyen los riesgos y permiten la “regulación” del tamaño de la familia según las necesidades. La ineficacia de la regulación puede generar pobreza, aunque dicha ineficacia debe evaluarse según las necesidades: las de una población premoderna, rural, con altas tasas de mortalidad serán muy diferentes de las de una sociedad más adelantada y moderna, en vías de transformación.

Mortalidad y Supervivencia Saludable

128

La nutrición, el control de las enfermedades transmisibles y el acceso a la tecnología y los conocimientos médicos pueden considerarse variables intermedias de la salud y la supervivencia. Las oportunidades de supervivencia, resumidas en la esperanza de vida al nacer, son en la actualidad indicadores de pobreza. Esta afirmación puede no ser cierta a nivel individual, ya que la dotación natural (factores biológicos y genéticos) de cada persona puede variar muchísimo, mientras que el impacto de los factores aleatorios también es relativamente importante, pero definitivamente sí se aplica a nivel de una población. En otros tiempos la situación era distinta, dado que el impacto de la tecnología y los conocimientos médicos era prácticamente nulo, mientras que las enfermedades transmisibles, sobre todo las de carácter epidémico, equilibraban la supervivencia entre los grupos, atenuando el posible efecto de las diferencias en la alimentación. Por consiguiente, los niveles de supervivencia no presentaban una fuerte correlación con el bienestar (o la pobreza), como se demuestra en el caso de las elites (que cuentan con una abundante dotación de bienes materiales y están bien alimentadas), cuya mortalidad era casi imposible de distinguir de la del resto de la población. En este siglo, la situación ha cambiado radicalmente: existe una correlación positiva entre la supervivencia y el bienestar, y la pobreza abunda en las poblaciones de bajo nivel de supervivencia.

En los últimos decenios se han registrado enormes progresos: entre principios de los años cincuenta y principios de los noventa la esperanza de vida al nacer en los países en desarrollo aumentó de 40,7 a 62,4 años, lo que representa un aumento medio de casi 7 meses por año calendario. El menor aumento se registró en África (e_0 de 38 a 53 años), y el mayor en Asia oriental (excluido Japón, de 41 a 71 años). Desde otro punto de vista, podemos estimar que casi 1600 millones de personas, o lo que es lo mismo, el 62% de la población mundial, tenían una esperanza de vida inferior a 50 años a principios de los años cincuenta, mientras que hoy día sólo 200 millones de personas, es decir, el 4% de la población mundial, está en la misma situación. Hace cuarenta años, dos tercios de la población mundial vivían en países con una esperanza de vida inferior a 60 años, en comparación con algo más del 30% en la actualidad.

La asociación negativa entre supervivencia y pobreza no es muy estrecha. Aunque la supervivencia es la función primaria y la no supervivencia (la muerte) es la forma extrema de pobreza, al hablar de supervivencia no se tiene en cuenta la calidad de vida. La supervivencia prolongada en condiciones desfavorables puede ser la peor forma de pobreza y privación. Si aceptamos la ecuación antes mencionada (la supervivencia como función de la nutrición, la higiene y el acceso a la tecnología y los conocimientos médicos), el recurso a la medicina puede prolongar una existencia miserable, caracterizada por una alimentación deficiente y la falta de una higiene elemental. Es probable que la alimentación deficiente no ponga en peligro la supervivencia pero sí puede comprometer el rendimiento y la adquisición de habilidades intelectuales. El saneamiento y la higiene deficientes exponen al individuo a enfermedades infecciosas, desequilibran su estado nutricional y reducen su rendimiento y su calidad de vida, pero no ponen necesariamente en peligro su supervivencia.

Una mejora conceptual importante con respecto a las medidas de supervivencia, a los efectos de nuestra hipótesis, es el cálculo, para una población determinada, de los años de vida saludable perdidos a causa de la muerte prematura o de la discapacidad producida por enfermedades y accidentes. En la práctica se calculan dos cantidades (Banco Mundial, 1993, p.28):

- a) el número de años de vida perdidos que, para cada defunción, resulta de la diferencia entre la edad real en el momento de morir y la esperanza de vida a esa edad en una población de baja mortalidad;
- b) el número de años de vida saludable perdidos por enfermedad o accidente, que está dado por la diferencia entre el inicio de la afección y

su remisión (o defunción del enfermo). Estos años no se cuentan en su totalidad (como en el caso de la muerte), sino que a cada enfermedad o afección se le asigna una cierta ponderación (entre 0 y 1) según la gravedad de la discapacidad.

La combinación de los años futuros perdidos en su totalidad a causa de muerte prematura y de años futuros perdidos en parte por la aparición de una discapacidad da un total de años perdidos o años de vida ajustados en función de la discapacidad (AVAD). El Banco Mundial estima en 1362 millones de AVAD las pérdidas imputables a acontecimientos ocurridos en 1990 (defunciones, enfermedades y accidentes). En otras palabras, la población mundial perderá 1362 millones de años de vida saludable por acontecimientos que ocurrieron en 1990, o lo que es lo mismo 259 años por cada 1000 habitantes. La incidencia máxima se registra en Africa al Sur del Sahara (575 AVAD por 1000 habitantes), seguida de India (344), Arco del Oriente Medio (286), el resto de Asia (260), América Latina y el Caribe (233), China (178), los países europeos antes socialistas (168) y los países con economía de mercado (117). Las desigualdades entre las regiones (de 1 a 5) son enormes y encubren desigualdades aún mayores en cada uno de los países, grupos sociales y demás sectores.

Normalización de la Muerte y Desarrollo

Las medidas de la supervivencia y la mortalidad, y sus versiones perfeccionadas, son más bien indicadores del desarrollo que de la pobreza; sin embargo, ofrecen una imagen bastante exacta de las diferencias territoriales y de las mejoras que han registrado con el transcurso del tiempo algunos funcionamientos básicos como la supervivencia y la salud.

El fomento o aumento de la supervivencia saludable es el principal factor de desarrollo, no sólo por el incremento del valor del capital humano que se obtiene a través de la reproducción: cuanto mayor sea el número de años de vida saludable, mayores serán también el rendimiento físico y la capacidad intelectual. De hecho, hay que destacar otro factor igualmente importante: al aumentar las tasas de supervivencia se ordenan los procesos de la vida, alejándose del desorden implícito en la mortalidad alta, aleatoria e impredecible de otrora. Esencialmente hay dos factores conexos que explican el carácter caprichoso que antes tenía la muerte. El primero es la frecuente e irregular incidencia de crisis de mortalidad que, por toda una serie de motivos, cercenaba sectores enteros de la población de todas las edades y clases,

trastornando gravemente la vida de una sociedad. El segundo factor es el riesgo de que se alterara la sucesión cronológica natural de la muerte en función de la edad. Aun sin tener en cuenta la mortalidad infantil, tan frecuente que casi se consideraba como un fenómeno normal, la probabilidad de que los jóvenes adolescentes murieran antes que sus padres o que los adultos murieran antes que los más viejos era alta.

La “normalización” de la muerte es un factor crucial del desarrollo; al referirse a los siglos XVIII y XIX, Helleiner señaló que “quizá sólo una sociedad libre del temor y de las consecuencias materiales y espirituales de la muerte repentina esté en condiciones de alcanzar las altas cotas de progreso intelectual y técnico sin las cuales no habría podido sostenerse el crecimiento demográfico” (Helleiner, 1967); lo mismo podría decirse del mundo contemporáneo. Un bajo nivel de supervivencia presupone un alto grado de incertidumbre al planificar el futuro, pone en peligro las relaciones a largo plazo con otros individuos y aumenta el riesgo de la inversión en capital humano. En otras palabras, conlleva un alto grado de inestabilidad en la vida y la sociedad.

Visto desde otro ángulo, al aumentar la supervivencia se reducen la frecuencia de la muerte o los sucesos conexos con la salud que guardan una estrecha relación con la caída en un estado de pobreza y privación. Entre otros, cabe destacar las enfermedades, la orfandad, la viudez, la pérdida de un familiar; estos sucesos pueden socavar a menudo el bienestar de la persona enferma o del cónyuge, los hijos o los parientes supervivientes, y erosionan la solidez del hogar. Cuando estos sucesos se producen con menor frecuencia, al disminuir la mortalidad y la morbilidad se elimina un importante mecanismo generador de pobreza.

Por último, al aumentar la supervivencia aumenta también el dinamismo de la transición demográfica, por ser el factor primordial y acelerador de la reducción de la fecundidad.

Reproducción

La posibilidad de formar una familia, tener hijos y reproducirse es también un mecanismo fundamental de elección en una sociedad y permite regular el tamaño de la familia y —a nivel global— el crecimiento demográfico. El descenso de la mortalidad ha hecho que la reproducción resulte menos onerosa y más eficiente para los padres desde el punto de vista biológico, ha reducido las posibilidades de que los hijos no sobrevivan a los

padres y se ha traducido en una menor pérdida en la inversión que realizan los padres. Las mejoras de la salud han reducido la incidencia de la esterilidad y la falta de hijos.

Cabe preguntarse si ha aumentado la capacidad de regular la fecundidad y la reproducción. Todo parece indicar que así ha sido. De hecho, la tasa global de fecundidad (TGF), tras la disminución secular registrada en los países occidentales, está descendiendo más o menos rápidamente en los países menos afortunados. Entre el principio de los años cincuenta y el principio de los noventa, la TGF bajó de 5,9 a 3,2 en Asia, de 5,9 a 3,0 en América Latina y de 6,8 a 4,7 en el Norte de África. Sólo en África al Sur del Sahara la fecundidad se ha mantenido casi invariable en más de 6 hijos por mujer. Paralelamente a la reducción de la fecundidad, ha aumentado y se ha difundido su variable intermedia más importante: la anticoncepción en general, y la "anticoncepción moderna" en particular. En el proyecto de programa de acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo (CIPD) se describen los progresos alcanzados en los siguientes términos: "Durante los tres últimos decenios, la disponibilidad creciente de métodos anticonceptivos modernos y más seguros, aunque en algunos aspectos sigue siendo insuficiente, ha ofrecido mayores oportunidades para la elección individual y la adopción responsable de decisiones en materia de reproducción en gran parte del mundo. Actualmente, alrededor del 55% de las parejas de las regiones en desarrollo utilizan algún método de planificación de la familia. Esa cifra representa un aumento de casi cinco veces desde la década de 1960. Los programas de planificación de la familia han contribuido considerablemente al descenso de las tasas de fecundidad medias de los países en desarrollo, que han pasado de seis a siete hijos por familia en el decenio de 1960 a entre tres y cuatro actualmente. Sin embargo, la gama completa de métodos modernos de planificación de la familia sigue fuera del alcance de al menos 350 millones de parejas en todo el mundo, muchas de las cuales desean espaciar o evitar los embarazos." (Naciones Unidas, 1994).

No hay duda de que la difusión de la regulación (anticoncepción) ha aumentado enormemente en los últimos decenios y se prevé que se mantendrá esta tendencia. Cabe preguntarse, sin embargo, si ha aumentado también su eficiencia. La respuesta es afirmativa, ya que muchas parejas usan métodos de regulación que antes no se conocían o no estaban a su alcance. Pero la respuesta es menos concluyente si definimos la eficiencia de la regulación de una manera más sutil, teniendo en cuenta los deseos y las expectativas de las parejas o, en términos más en boga actualmente, su demanda de hijos. Por ejemplo, un índice de la eficiencia de la regulación podría ser cierto gra-

do de “fecundidad excesiva”, tal como la diferencia entre la fecundidad total actual y un indicador de fecundidad “buscada” o “deseada” (sustituto de la demanda de hijos). Utilizando datos actuales de las Encuestas de Demografía y Salud y de la Encuesta Mundial de Fecundidad, la fecundidad excesiva tiende a ser baja (en algunos casos cercana a cero) cuando la fecundidad es muy alta; es alta a niveles intermedios de fecundidad, y baja cuando ésta se acerca a la tasa de reemplazo (Pritchett, 1994). Por lo tanto, la eficiencia definida en estos términos, o la capacidad de compatibilizar deseos y resultados, no es una función decreciente de la fecundidad ni una función creciente de la anticoncepción.

La fecundidad mal regulada también es un fenómeno que genera pobreza. En general, y sobre todo cuando la mortalidad está controlada, puede ser un mecanismo generador de pobreza debido a la posible desproporción entre el tamaño de la familia y los recursos de que ésta dispone. Más específicamente, porque aumenta los nacimientos que suelen estar vinculados con situaciones de indigencia:

- Hijos nacidos fuera del matrimonio o al margen de una unión estable;
- Hijos nacidos de madres muy jóvenes, que a menudo son un obstáculo para la educación y la condición social de la madre y del niño;
- Hijos nacidos después de intervalos intergenésicos muy cortos, cuya salud y posibilidades de supervivencia puedan verse comprometidas;
- Hijos cuyo nacimiento pone en peligro la salud de la madre;
- Hijos cuyo nacimiento supone un aumento del número de personas que compiten por los escasos recursos del hogar o diluyen peligrosamente la inversión de los padres.

Antes del siglo XX, en occidente el matrimonio era un poderoso instrumento de regulación de la reproducción. En el sistema europeo occidental, las fluctuaciones de la tasa de nupcialidad impedían que la población creciera con excesiva rapidez en períodos económicos difíciles, o aceleraban el crecimiento demográfico en épocas de prosperidad o después de producirse sucesos catastróficos que abrían nichos y posibilidades de asentamiento. Pero en las poblaciones contemporáneas con altas tasas de crecimiento, en las que el matrimonio es casi universal, éste resulta mucho menos eficaz como instrumento de regulación. Actualmente la humanidad es un vehículo mucho más veloz que antes y necesita un sistema de frenos mucho más potente: los modernos métodos anticonceptivos constituyen ese sistema. Sin embargo, su eficiencia no es una función lineal de su prevalencia; cuando la

eficiencia es inferior (para niveles intermedios de fecundidad), sus efectos sobre los mecanismos de generación de pobreza son más intensos.

Migración y Movilidad

La posibilidad de desplazarse, emigrar y establecerse es otro funcionamiento sumamente valorado. La movilidad permite al individuo adaptarse a las limitaciones, escapar del peligro y de la pobreza. Tanto para los individuos como para la sociedad, la migración es un importante mecanismo de elección. Uno se imagina la historia de la humanidad marcada por un proceso continuo de redistribución demográfica a través del cual —como dirían los economistas— se persigue una óptima combinación de recursos y trabajo. Evidentemente, esto es una exageración, ya que siempre ha habido barreras de todo tipo que han obstaculizado el proceso de redistribución; se ha expulsado por la fuerza a invasores y colonos, se han vigilado y protegido las fronteras, se ha deportado a los intrusos. Pero el proceso de redistribución ha continuado hasta este mismo siglo, se han abierto y establecido nuevos territorios, se han mezclado diferentes poblaciones. Podemos decir que la emigración y el asentamiento, como instrumentos de elección, han sido en potencia muy eficientes. Galbraith (1980, p. 98) ha descrito en forma gráfica y concisa la función de las migraciones como remedio para la pobreza: “en los últimos dos siglos todos los que han tratado eludir el equilibrio de la pobreza, negándose a adaptarse, han tenido a su disposición un recurso notablemente eficaz. Quienes han recurrido a este medio han obtenido, en su mayoría, buenos resultados. Sus hijos han resultado aún más favorecidos; sólo en raras ocasiones ha sido necesaria una participación activa de los gobiernos. Más frecuentemente se ha precisado sólo su anuencia y, últimamente, en la gran mayoría de los casos, ha bastado con su falta de vigilancia. No ha significado una carga excesiva para la capacidad de los países pobres en el desarrollo de sus actividades públicas. En los casos en que se ha explotado plenamente este recurso, las migraciones no sólo han supuesto un medio de escapar de la pobreza para los individuos directamente afectados, sino también un mecanismo de evasión, dentro del equilibrio de la pobreza, para quienes se sienten motivados a tomar un camino diferente... Para quienes se niegan a adaptarse a la situación el recurso consiste en trasladarse de un país pobre a uno de los países industriales adelantados. Como remedio para la pobreza, esta solución se concentra con precisión sólo en aquellas personas para quienes resulta viable y para quienes debe estar diseñada: las que, al rechazar la adaptación, se sienten motivadas para mejorar su posición

económica. Así no se malgastan esfuerzos ni dinero en quienes aún no están suficientemente motivados”.

En el siglo XX, se ha ido afirmando poco a poco una paradoja. Por un lado, se han ido eliminando paulatinamente las barreras que impiden el libre flujo de capitales, bienes y servicios, mientras que, por el otro, se yerguen cada vez más obstáculos para la movilidad de las personas. Actualmente la migración (al menos la internacional) es un mecanismo de elección mucho menos eficiente de lo que solía ser. En este siglo la lógica del Estado nacional y de su integridad sustancial se ha consolidado rápida y a veces violentamente. Hoy la migración sólo es aceptable y posible cuando coincide con los intereses del Estado receptor. La Segunda Guerra Mundial y el subsiguiente y veloz proceso de creación de nuevos Estados independientes en África y Asia han impuesto en muchos casos fronteras convencionales, que han afectado a importantes minorías étnicas o comunidades religiosas. Con frecuencia estos grupos se han visto obligados a volver a su país de origen, imponiendo así un proceso de redistribución de signo “negativo”. Un efecto similar ha tenido el derrumbe del sistema socialista en Europa y la Unión Soviética y la recomposición del mapa político.

En nuestros días, la inversión de un patrón histórico puede obedecer a muchos factores: uno de los más importantes es la progresiva desaparición de los territorios “abiertos”, como consecuencia del crecimiento demográfico. Otro factor lo constituyen las grandes diferencias de oportunidades y de nivel de vida entre países y zonas del mundo que, junto con el costo cada vez menor que entraña la migración, la mejora de los transportes y otros elementos, también han hecho imposible que se mantengan las antiguas tendencias. Ahora muchos Estados del mundo están en condiciones de cerrar sus fronteras a la medida de sus deseos; en numerosos casos, la existencia de flujos masivos de inmigrantes “indocumentados” se debe exclusivamente a la connivencia implícita de fuerzas económicas o políticas importantes en el país receptor.

Esta esclerosis progresiva de las migraciones también afecta, en algunos casos y por distintas razones, a los movimientos internos, lo que limita aún más su alcance como instrumento para lograr una combinación óptima de recursos humanos y naturales.

Primero: una Supervivencia Saludable

Actualmente más de mil millones de personas viven en la más absoluta pobreza; aun suponiendo que el desarrollo económico evolucione en forma

favorable, el número de pobres se mantendrá constante en este decenio en términos absolutos, aunque con una incidencia decreciente en la población total. La rápida tasa de crecimiento demográfico no contribuye a solucionar el problema, y en muchos casos y situaciones parece guardar relación con un mayor riesgo de pobreza.

Al examinar las múltiples relaciones que existen entre población y pobreza, se ha decidido dar prioridad a dos enfoques:

El primero es considerar los fenómenos y los comportamientos demográficos como funcionamientos del individuo que determinan su capacidad para alcanzar el bienestar o, en nuestro caso, para escapar de la pobreza.

En el segundo enfoque, se examinan, a nivel global, los fenómenos demográficos como posibles mecanismos de elección que aseguran la flexibilidad esencial para la supervivencia y el bienestar de las poblaciones humanas. Cuanto mayor sea la flexibilidad, más opciones habrá para hacer frente a las limitaciones.

Para finalizar, cabe esperar que de este debate surja una conclusión que quizá podría servir también como orientación con miras a una política a largo plazo. Así pues, nuestra conclusión es la siguiente: la principal prioridad para mejorar el bienestar y luchar contra la pobreza es lograr una supervivencia saludable. Esta es una condición previa para casi todo lo que acompaña al desarrollo: para adquirir eficiencia física, desarrollar capacidad y destreza intelectuales, ampliar el horizonte temporal y planificar el futuro. Es asimismo una condición previa para modificar la demanda de hijos y, por ende, para el control de la fecundidad. Además, reduce al mínimo las situaciones conexas con la pobreza, como la orfandad, la viudez, la discapacidad. El rendimiento, en términos de una mayor supervivencia y una mejora de la salud por cada dólar gastado en infraestructura (agua, saneamiento) o en intervenciones médicas adecuadas, es alto. La reducción de la mortalidad ha desencadenado un proceso de transición demográfica; todo avance que permita una supervivencia más saludable acelerará la conclusión de dicho proceso.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- ALLEN, G. C. (1981): «Industrial policy and Innovation in Japan». En CARTER, C. (ed.): *Industrial policy and Innovation*. Londres, Heineman.
- BANCO MUNDIAL (1990): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1990, Pobreza*, Oxford, Oxford University Press.
- (1992): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1992, Desarrollo y medio ambiente*, Oxford, Oxford University Press.
- (1993): *Informe sobre el desarrollo mundial, 1993, Invertir en salud*, Oxford, Oxford University Press.
- BERGIER, J. F. (1973): “The industrial bourgeoisie and the rise of the working class 1700-1914”, *The Industrial Revolution. The Fontana Economic History of Europe*, vol. 3, C.M. Cipolla (comp.), Londres, Collins/Fontana Books.
- CEPAL/CELADE (Comisión Económica para América Latina y el Caribe/Centro Latinoamericano de Demografía) (1993): *Población, equidad y transformación productiva* (LC/G. 1758/Rev.1-P; LC/DEM/G. 131/Rev.1-Serie E, N° 37), Santiago de Chile. Publicación de las Naciones Unidas, N° de venta: S.93.II.G.8.
- DASGUPTA, P. (1993): *An Inquiry into Well-Being and Destitution*, Nueva York, Oxford University Press.
- GALBRAITH, J. K. (1980): *The Nature of Mass Poverty*, Harmondsworth, Penguin Books.
- HELLEINER (1967): *The Population of Europe from the Black Death to the Eve of the Vital Revolution*, The Cambridge Economic History of Europe, vol. 4, Cambridge, Cambridge University Press.
- KHAN, A. R. (1988): “Population, growth and access to land”, *Population, Food and Rural Development*, R. D. Lee y otros (comps.), Nueva York, Oxford University Press.
- LEE, R. D. (1988): “Population, food and rural development”, *Population, Food and Rural Development*, R. D. Lee y otros (comps.), Nueva York, Oxford University Press.
- LIPTON, M. (1983): “Demography and Poverty”, serie World Bank Staff Working Papers, N° 623, Washington, D.C., Banco Mundial.
- LIVI-BACCI, M. (1992): *A Concise History of World Population*, Cambridge, Mass., Blackwell.
- MALTHUS, T. R. ([1798] 1970): *An Essay on the Principle of Population*, Harmondsworth, Penguin Books.
- ([1830] 1979): *A Summary View of the Principle of Population*, Harmondsworth, Penguin Books.

NACIONES UNIDAS (1994): Proyecto de Programa de Acción de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo. Nota de la Secretaría (A/CONF.171/L.1), Nueva York.

PRITCHETT, L. H. (1994): "Desired fertility and the impact of population policies", *Population and Development Review*, vol. 20, N° 1.

SEN, A. (1992): *Inequality Reexamined*, Oxford, Oxford University Press.